

necesidades de todas las iglesias y escribía á los fieles y á sus discípulos. Aquí vino Epafrodito, obispo de los Filipinos, á traerle en nombre de sus queridos neófitos, una suma de dinero; aquí venia Onésimo el pobre esclavo fugitivo, á suplicarle que le obtuviese el perdón; y Pablo le daba aquella carta tan tierna en que conjura por sus cadenas, á Filemon el amo de Onésimo, que le reciba como á su propio hijo. Aquí escribía á los Filipinos para darles gracias por su caridad; á los Efesios enviándoles al tabelario Tychicus á quien encargaba que les diese noticias en por menor; su segunda epístola á su querido Timoteo, en la cual pronunciaba esta palabra tan digna de su grande alma. "Yo estoy en la prision, pero la palabra de Dios no está encadenada." Despues, con una perfecta libertad de espíritu, el prisionero de Neron descendía al pormenor de todos los negocios de la Iglesia y suplicaba á su discípulo que le mandase su manto y sus papeles. 1

Aquí escribía San Lucas á vista de San Pablo las *Actas* de los Apóstoles: San Pedro, sin duda alguna, vino á hacerle frecuentes visitas, y Dios sabe ¡qué palabras se cambiaron entre ellos y qué proyectos concibieron en esta prision! ¡Felices paredes! hablad y decidme lo que habeis oido. Pero no; toca á la fe comprenderlo y al corazón sentirlo. Nosotros no vimos más que un modesto altar; y en un ángulo cerca del respiradero, una columna de granito rodeada de una cadena sellada en su base. La tradicion afirma que con esta cadena y en aquella misma columna ataba Marcial el carcelero á su cautivo Pablo y á sus otros prisioneros. Una mano ingeniosa grabó allí estas palabras del mismo Pablo: *Sed verbum Dei non est alligatum*. "Pero la palabra de Dios no está

encadenada." En la otra extremidad de la prision está un manantial, cuya límpida agua permanece siempre al mismo nivel. El Apóstol la hizo brotar milagrosamente para bautizar á Marcial y á otros catecúmenos. 1 ¿Es de admirar que un lugar tan venerable no haya cesado de ser rodeado de la piadosa solicitud de los fieles?

Tambien véamos que allí se estableció una de las más antiguas diaconías de Roma; esto nos recuerda á los primeros sucesores de San Pedro. Miétras que la autoridad de los pontífices consagraba esta ilustre prision, el celo de los cristianos se complacia en embellecerla. La iglesia superior llegó á ser un santuario cuya extraordinaria riqueza daré testimonio largo tiempo del reconocimiento de nuestros abuelos. Una legion de mártires, dominada por una imágen milagrosa de la Santa Virgen, guarda todavía hoy aquel lugar de apostólica memoria. En este nuevo cielo, en el cual están representadas todas las edades y todas las condiciones, brilla sobre todo el valeroso diácono Agapito, cuyo cuerpo descansa bajo el altar mayor. 2

Siguiendo adelante por el *Corso*, se pasa, al desembocar á la plaza de Venecia, delante del palacio Rinuccini, en otro tiempo propiedad de la madre de Napoleon. Más léjos está el magnífico palacio de Venecia, antigua propiedad de la famosa república. Se edificó en 1468 bajo Paulo II, y sirve hoy de habitacion al embajador de Austria. La antigua iglesia de *San Márcos* está tocando el palacio. Es preciso remontarse hasta el siglo IV para encontrar su origen. El papa San Márcos la edificó en 336 y la dedicó á San Márcos Evangelista. Fué renovada por Adria-

1 Constanzi. t. II, p. 49; Mazzol., t. VI, p. 315.

2 Véase la historia de Santa María in Via Lata, escrita por el sábio Martinelli.

1 Baron., an. 59, n. 10, 11 y siguientes.

no I y restaurada por Gregorio IV, en 833. El altar mayor, de gran magnificencia, conserva los cuerpos del papa San Márcos y de los ilustres príncipes persas Abdon y Senon, martirizados en el anfiteatro. Las pinturas de la bóveda son del Tintoreto, y el San Márcos, de Perugino.

Nuestras expediciones en zigzag nos habian conducido á nuestro punto de partida: la plaza *Macel de Corvi* y la subida de *Marforio* nos habian visto ya; las atravesamos rápidamente para ir á descansar de nuestras fatigas y á contar nuestras riquezas.

6 DE ENERO.

La Epifanía en Roma.—Misa latina, griega, armenia, maronita.—Agapas en la Propaganda.—Fiestas de las lenguas.—Impresiones.

El viajero que tiene la dicha de estar en Roma el día de la Epifanía, ve con sus ojos el gran milagro del cristianismo, *la diversidad de todos los pueblos en la unidad de la fe*. Se encuentra en el centro de ese foco luminoso, cuyos rayos se prolongan sin alteracion hasta las fronteras del globo, y cuya circunferencia abraza el universo. Este es sin contradiccion un hermoso y dulce espectáculo. Para gozar de él es preciso ir á la Propaganda, su capilla se convierte en el panorama del catolicismo. En ese día los sacerdotes de los diferentes ritos del Oriente y del Occidente que se hallan en Roma, van, segun costumbre, á ofrecer el augusto sacrificio al cenáculo, de donde parten incesantemente los apóstoles de todas las naciones. Allí fuí yo tambien, dichoso y confuso con la idea de ser actor en la vasta escena que se desplegaba á las miradas de los hombres y de los ángeles. Acabé la misa y nos convertimos en espectadores á nuestra vez.

De la sacristía sale un sacerdote griego,

como antiguamente, lleva una ancha casulla redonda; todo su cuerpo, ménos la cabeza, está envuelto en ese ancho manto de seda, realzado con finos dibujos de oro y de púrpura. Todas las veces que quiere servirse de sus manos, levanta su casulla por delante y la enrolla graciosamente en el brazo; la libertad de sus movimientos no parece forzada. Su oracion es una especie de melopea ó de recitado cadencioso; sus ceremonias son muy variadas, y su misa dura por lo ménos tres cuartos de hora. Pero en el fondo se encuentra siempre la grande, la indivisible unidad católica; una misma la materia del sacrificio, una misma la víctima, unas mismas las palabras sacramentales. En el altar inmediato estaba un sacerdote melquita. La riqueza y amplitud de sus ornamentos, la dulzura de su pronunciacion, el número de las ceremonias sagradas, la gracia con que desempeñaba todo esto, formaba un conjunto lleno de armonía, que disponia el corazón á los más dulces sentimientos de piedad.

El armenio, grave, austero, aparece á su vez. Su cabeza está adornada con una especie de tiara coronada con la cruz; su casulla, con grandes ramos de oro, se parece á nuestras capas. La majestuosa sencillez de las ceremonias con que acompaña al augusto sacrificio, su bella cabeza de caracter oriental, su larga barba negra, le dan un aire de grandeza y de dignidad que infunde respeto. Al verle en el altar, me figuraba á San Basilio desempeñando de pontífice delante del emperador Valente y haciendo temblar con solo la majestad de su porte al monarca hereje.

Un obispo maronita vine á añadir un rito nuevo á todos los ritos del Oriente. Llevaba en la mano una pequeña cruz, semejante á la cruz pastoral de nuestros obispos, la tuvo hasta el momento de la consagracion, y cuando se volvía hácia el

pueblo, se sirvió de ella muchas veces para bendecirle. Conservó su mitra ó más bien, su *cidaris* casi hasta la elevación. El diácono y el subdiácono llevaban largas y anchas túnicas verdes, terminadas por una franja de terciopelo violeta bordada de oro. En sus espaldas brillaba una especie de muceta de terciopelo violeta con rayos de oro. El canto de los orientales, como el de todas las naciones sometidas á una larga esclavitud, es triste y monótono. He olvidado decir, que todos los levitas estaban vestidos con largas túnicas color de rosa, rojas ó verdes, con cruces de oro en las espaldas, en los brazos y en el pecho.

Todas estas lenguas, todos estos ritos y todas estas formas, que á pesar de sus diferencias vienen á confundirse en la misma unidad, caracterizan divinamente á la Iglesia católica. En este día ví con el brillo de la compustura profética á la esposa inmortal del Hombre-Dios, á la cual había dado su esposo, como signo distintivo, un vestido bordado de oro y una túnica de diversos colores ¹.

Acabado el oficio, vino uno de los directores de colegio á invitarme muy cortesmente á desayunar á mí, y también á mis jóvenes compañeros. No fueron aceptadas nuestra excusas, y fué necesario ceder. Alrededor de una vasta mesa nos hubiérais visto á sacerdotes de todas partes del mundo que acabábamos de consumir la misma víctima en el mismo altar, de romper juntos el mismo pan y de ofrecer el espectáculo de esa gran fraternidad que solo el cristianismo ha podido realizar aquí en la tierra. Occidentales y Orientales, Griegos, Armenios, Coftos, Maronitas, hermanos que nunca se habían visto y que probablemente no se verían más, todos comían el mismo pan, hablaban el mismo idioma.

¹ Astitit Regina a dextris tuis in vestito deaurato, circumdata varietate. Ps. 114.

experimentaban los mismos sentimientos. Nuestros padres de los primeros siglos colocados en medio de una sociedad devorada por el egoísmo, dejaban ver en sus fraternales agapas, ¹ la unidad de amor cuya prenda encontraban en la carne y sangre de un Dios, que había llegado á ser su alimento; así, al declinar el mundo, quiso Roma que en el día solenne de la Epifanía, todos los sacerdotes que han celebrado misa en la Propaganda, se sienten en la misma mesa. Hé ahí bien mirada á la Iglesia católica, siempre la misma en su espíritu y en su dogma; hé ahí á esa Roma siempre fiel al culto de los nobles recuerdos.

Para completar el espectáculo de la unidad viviente del catolicismo, á las agapas sucede la *Fiesta de las lenguas*. Esta solemnidad tuvo lugar el 10 de Enero. Nada hay bajo el cielo de más pintoresco é imponente. En la extremidad de una vasta sala, ricamente adornada, se levantaba un tablado en cuyo centro, se elevaba el busto de San Pedro, centro augusto de la unidad. El tablado y la sala entera están guarnecidos de sillas; allí para los alumnos de la Propaganda, aquí para los espectadores. Los cardenales tomaron asiento en el lugar reservado para ellos, y comenzó luego la fiesta.

Un joven americano, de Filadelfia, que hacia las funciones de presidente, abrió la sesión con un discurso latino pronunciado con mucha gracia. El recuerdo del día por siempre memorable en que apareció en el mundo el Sol de justicia, la unidad de la fe encontrada por los magos en el pesebre, la difusión de la bienhechora luz del catolicismo hasta en las sombrías selvas del nuevo mundo y otros nobles pensamientos, inspiraron dignamente al joven orador. Su discurso no era más que un

¹ Ya se ha dicho que son comidas de los primeros cristianos en las iglesias.—N. del T.

prólogo y como el tema que iba á ser desarrollado sucesivamente por los hijos de todos los pueblos, y lo fué treinta y nueve veces consecutivamente, en treinta y nueve lenguas distintas. Oímos á su vez el hebreo, el syriaco, el samaritano, el caldeo, el árabe, el turco, el armenio, el persa, el sabeo, el griego, el peguano, el tamoul, el kurdo, el geórgio, el irlandés, el escocés, el hyrico, el búlgaro, el polaco, el alemán, el inglés, el holandés, el indio, el español, el portugués, el francés, el albanés, el cofto, el etiópico, y el chino de todas especies. Cada parte del globo tenía allí sus representantes y sus órganos que proclamaron, cada uno en su idioma, la grande unidad católica. Este era verdaderamente un día como el de Pentecostés en Jersalen, en donde se encontraban *hombres de todas las naciones que están bajo el cielo, proclamando en sus lenguas la grandeza de Dios*. Este espectáculo sorprendente y único, solo Roma puede darlo.

Nada era tan extraño y curioso como oír todos aquellos sonidos diversos y ver todas aquellas fisonomías tan diferentes. El árabe habla con cadencia; el persa aspira sus sílabas; el peguano de rostro abronzado, canta mas bien que habla su idioma, con una gran dulzura; el turco de cabellos de ébano produce sonidos guturales; el negro etiope hace oír su idioma dulce y fuerte; á su lado se vé á un joven escocés, de mejillas rosadas, pronunciando con gracia su áspero dialecto; todos habían guardado un silencio religioso. Pero cuando aparecieron los chinos del Chan-si y del Hu-quan, se redobló la atención. Llevaban como tributo una égloga que fué acogida con vivas aclamaciones. Igual cosa sucedió cuando los tres interlocutores se pusieron á cantar un coro: entonces, ruidosos palmoteos salieron de todas partes y se renovaron muchas voces. El orador infantil que les sucedió no fué menos

aplaudido; era un joven chino de Canton. Imaginaos una dulce flauta, un bandolin, un pequeño pífano, todo lo que queráis con tal que produzca un dulce canto, y tendreis idea de la lengua china de Canton en boca de un niño. Como un ramillete de obsequio y de gratitud á la asamblea que había asistido, pronunciaron tres discursos en muy buen italiano, tres jóvenes alumnos: un indio, un turco y un albanés.

Cada asistente experimenta en aquella fiesta católica un placer proporcionado á sus conocimientos lingüísticos. El único hombre en el universo capaz de gustarlo en toda su plenitud no estaba allí; el ilustre cardenal Mezzoffanti dejó apesurada á la asamblea que estaba ansiosa de contemplarle. Pedí noticias de él y se me contestó con la graciosa fórmula italiana: *è poco bene*; "está indispuerto."

Pero cualquiera que sea su grado de instrucción, no hay un espectador serio en quien la Fiesta de las Lenguas, no produzca vivas impresiones y no deje profundos recuerdos. ¡Cuán bien sirve de complemento á la Epifanía bajo el punto de vista católico! En el augusto sacrificio ofrecido en el mismo altar por sacerdotes de todas las naciones, así como en la comida fraternal que le sigue, brilla la unidad de amor restablecida por el Evangelio; aquí reaparece con no menos brillo, la unidad de creencia á pesar de la diversidad de lenguas; doble solemnidad que os muestra el catolicismo reparador de la caída primitiva, dirigiendo todas las cosas á la unidad del tiempo para preparar la de la eternidad. Y esto supuesto ¿cómo ver sin estremecerse á aquellos jóvenes alumnos de la Propaganda? ¿Cómo olvidarles alguna vez? Ellos son nobles hijos de las cuatro partes del mundo y están distantes cinco y seis mil leguas de su cuna, para prepararse al apostolado y al martirio. Sí, me decía yo, entre estos jóvenes, tan bue-

nos, tan distinguidos, tan interesantes, hay muchos, un gran número quizá, que dentro de pocos años habrán expirado en media de los tormentos, y cuidaba de grabar sus nombres en mi memoria, y miraba ávidamente sus facciones, pensando que algún día al leer los *Anales de la Propagación de la Fe*, podría yo agregar: "Este misionero que acaba de sellar el Evangelio con su sangre, le he visto yo y le he oído." Además, es una gran dicha, gloria y provecho, encontrar aunque sea una sola vez en el camino de la vida, á un santo, á un mártir.

7 DE ENERO.

El Quirinal.—Templo del dios Fidio.—Templo de Quirino.—Plaza del Quirinal.—Palacio.—Detalles sobre el Cónclave.—Recuerdos.—Robo de Pio VII.

El Quirinal antiguo y moderno ocupó nuestro día. Está situado en la antigua región de *Alta Semita*, presenta algunas ruinas y muchos recuerdos. Los baños de *Paulo*, situados en la base de la montaña, ocupaban, al ménos en parte, la calle llamada hoy por corrupción *Via Magnanapoli*. Se cree que la especie de teatro hallado bajo el monasterio de Santa Catalina de Sena formaba parte de estos baños famosos. Como quiera que sea, el jardín de Aldobrandini, colocado en las cercanías, se extiende sobre la parte plana de la antigua colina *Mutialis*, célebre por el templo del dios de la buena fe, *Dius Fidius*. Un fragmento de mármol representa los elementos de la buena fe, tales como se comprendían por los antiguos. A la derecha se ve á un hombre en la plenitud de la fuerza con el vestido de paz y esta palabra: *Honor*. A la izquierda está una figura de mujer con igual traje y coronada de laurel, con esta palabra: *Veritas*. Estos

dos personajes se dan la mano. Entre ellos aparece un gracioso niño, de mirada púdica, cuya cabeza está rodeada de estas palabras: *DIVS FIDIVS*. En otro fragmento, en lugar de las palabras precedentes, se lee: *Amor*; y más arriba: *Fidei simulacrum*. El templo de Fidius estaba descubierto á fin de que los dioses del Olimpo fuesen espectadores de los ritos que allí tenían lugar. Así, á los ojos de los romanos, las garantías de la fe jurada eran el honor, la verdad, el afecto en el corazón de los contrayentes y el cielo por testigo; era difícil, según me parece, elegir cosa mejor. En el templo de Fidius era donde el patriotismo romano conservaba con noble orgullo la rueca y el huso de Tanaquila, mujer de Tarquino el viejo. ¹

No lejos de allí, y cerca de San Andrés de los Jesuitas, se elevaba el templo de Quirino. Se sabe que Quirino no era otra cosa más que Rómulo. Habiendo muerto este príncipe, el pueblo sospechó que los senadores le habían asesinado; se hacia inminente una guerra civil, cuando Julio Prócuro vino á afirmar con juramento que Rómulo, rodeado de una gloria sobrehumana, se le habia aparecido en la colina llamada *el Quirinal*, y que le habia encargado que anunciara á los romanos un imperio eterno. En consecuencia, Rómulo fué colocado entre los dioses bajo el nombre de *Quirino* y adorado en un templo edificado en la montaña. Este edificio recibió del dictador Papirio el primer cuadrante solar que se vió en Roma. La *Fortuna pública*, la *Salud*, y no sé cuántos otros dioses masculinos y femeninos, tenían sus santuarios en las cercanías. En el mismo lugar estaban también los baños de Constantino, magnífica construcción, cuyo más bello adorno tal vez eran los dos caballos

¹ Plin., I. VIII, c. 48.

de mármol blanco que se ven hoy delante del palacio del Quirinal.

Este palacio, comenzado por Paulo III, continuado por Gregorio XIII, por Sixto V y por Clemente VIII, fué acabado por Paulo V, de la familia Borguesa. Los soberanos Pontífices lo habitan durante el estío, porque está en un cuartel más saludable que el Vaticano. Por el mes de Octubre deja el santo padre esta nueva morada y va á pasar el mes de la *malaria* á Castel-Gandolfo, situado á cuatro leguas de Roma en las alturas de Albano. En el Quirinal, como en el Vaticano, se han dado cita las bellas artes. El corredor de honor, la sala real, la capilla de Paulina, restaurada por orden de Pio VII, dan testimonio del gusto exquisito de los pintores y de los escultores, y de la magnificencia de los pontífices. Hasta estos últimos tiempos se habian reunido los cónclaves en el Vaticano; hoy tienen lugar en el Vaticano. ¹

Esta circunstancia obliga al viajero cristiano á hacer un estudio particular de un palacio en donde el mundo católico recibe su jefe, y la gloriosa cadena de los pontífices el nuevo eslabon que debe prolongarla á través de los siglos. Pero para que este estudio llegue á ser interesante, exige algunos pormenores sobre la elección del papa.

Al tiempo que el Santo Padre expira, se presenta á la puerta de su cámara el cardenal camarlengo, vestido de violeta; toca en ella tres veces con un martillo de oro, llamando cada vez al papa en voz alta, por sus nombres de bautismo, de familia y de papa. Después de una ligera pausa, dice en presencia de los clérigos de cá-

¹ Notizie istoriche delle stazioni, etc., da Francesco Cancellieri, p. 69.—Cæremoniale continens ritus electionis romani Pontificis, etc., cui præfiguntur constitutiones pontificiæ et conciliorum decreta ad eam rem pertinentia. In—4º Romæ, 1728.

mara y de los notarios apostólicos, que levantan una acta de esta ceremonia: *Ha muerto*. Se le lleva entónces al mismo cardenal el anillo del Pescador y lo rompe con el mismo martillo delante del Sacro Colegio. Los pedazos pertenecen al maestro de ceremonias. Después de haber tomado posesion del Vaticano, envía guardias que se apoderen del castillo Sant-Angelo y de las puertas de la ciudad. Cuando ha provisto á la seguridad de Roma, sale del palacio en carroza, precedido por el capitán de las guardias del papa y rodeado de los alabarderos suizos que acompañan ordinariamente á Su Santidad. Al salir el cortejo suena la gran campana del Capitolio, que anuncia la muerte del soberano pontífice; en el mismo instante las campanas de todas las iglesias llenan la ciudad con sus fúnebres sonidos. Mientras los fieles están en oración, el magistrado romano reúne á la milicia del Capitolio y la envía, bajo la dirección de los presidentes legionarios, á sacar de la prisión á los culpables detenidos por delitos de poca gravedad. Por su parte el Sacro Colegio envía correos extraordinarios á todos los cardenales ausentes de Roma, invitándoles á ir al cónclave.

Entretanto el cuerpo del santo padre permanece expuesto durante nueve días en la basílica vaticana á vista de todo el pueblo, que acude en masa á besarle los piés. El noveno día se pronuncia la oración fúnebre, y se deposita al papa difunto en un sepulcro provisional. El día siguiente se reúnen los cardenales en San Pedro, y el cardenal decano dice allí la misa de Espíritu Santo para la elección del nuevo pontífice. En el día se reúne el Sacro Colegio en la iglesia de San Silvestre, en el Quirinal, y de ahí sale, al canto del *Veni Creator*, para dirigirse en procesion al cónclave. El inmenso costado del Quirinal, que se alarga por la *Via*

Pia, está dividido en toda su longitud en celdas, cerradas por simples tabiques. Cada celda se compone de diferentes piezas pequeñas y gabinetes, y cada cardenal tiene la suya para él y para sus conclavistas. La cámara del cardenal basta apenas para contener una cama, cinco ó seis sillas y una mesa; la pieza que sigue está destinada para un conclavista. Encima de la celda del cardenal está un cuarto para un segundo conclavista, con dos piezas de cada lado, una que sirve de capilla y otra de comedor. Todas las celdillas están cubiertas de sarga verde por fuera y por dentro, ménos las de los cardenales creados por el papa difunto, que están tapizadas de sarga violeta afuera y adentro, de sarga de lana del mismo color; cada cardenal manda poner sus armas delante de la puerta de su habitación.

Cuando ya han llegado los cardenales al cónclave, se les leen las bulas concernientes á la eleccion del papa, y todos juran observarlas. El maestro de ceremonias les hace presente que no deben encerrarse en el cónclave si no tienen la intencion de permanecer en él hasta el fin, como lo prescriben las bulas. El gobernador del cónclave y el mariscal de la Santa Iglesia, comienzan entónces á colocar sus soldados en los lugares en que lo juzgan necesario para la seguridad de la eleccion. Una vez que entran los príncipes de la Iglesia á sus celdas, se tapián las puertas del palacio y también las ventanas, con excepcion de una claraboya, que no deja penetrar en el cónclave mas que una luz ténue, favorable para el recogimiento. Se practica una comunicacion con el exterior por medio de tornos un poco semejantes á los de los conventos de religiosas. Estos tornos tienen dos cerraduras, una interior y otra exterior; lo mismo es la única puerta que no debe tapiarse y que solo ha de abrirse para dar salida á los cardenales ó

á los conclavistas que caen enfermos en el cónclave. Las llaves de la cerradura exterior de los tornos están confiadas al prelado gobernador del cónclave; las de la cerradura interior permanecen en manos del maestro de ceremonias. El príncipe Savelli guarda las llaves exteriores de la puerta principal. Este es un privilegio concedido por los papas á su familia, que es de muy antigua nobleza. Miétras dura el cónclave, este permanece en la puerta, á la cabeza de un numeroso destacamento de tropas. El cardenal camarlengo tiene las llaves interiores de esa misma puerta, así como las de un pequeño postigo que se abre solamente para las audiencias que dan los cardenales jefes de órdenes á los embajadores de las potencias católicas.

Por la tarde, el cardenal decano y el cardenal camarlengo pasan la visita para ver si todo está en órden. Solo quedan ya en el cónclave, fuera de los cardenales y sus conclavistas, los cuatro maestros de ceremonias, el secretario del Sacro Colegio, algunos religiosos para servir de confesores, dos médicos, un cirujano, un boticario con dos dependientes, dos barberos y dos ayudantes, un maestro albañil, un maestro carpintero y cosa de treinta lacayos camaristas, llamados *facchini*, para el servicio indispensable. A la hora de la comida van los oficiales de los cardenales á las cocinas á tomar los platos destinados para sus amos. Al llegar al torno, nombran á su cardenal en voz alta á fin de que el conclavista que espera en el interior haga que los camaristas lleven los platos á la celda del cardenal. Cuando ha pasado todo lo que compone la comida, un censor de vestido violeta, que lleva una masa de plata en la mano, cierra por el exterior la ventanilla de los tornos, y el prelado asistente pone sobre ella un sello que lleva sus armas. El maestro de ceremonias ha-

ce lo mismo en el interior. Los prelados que asisten á los tornos son designados por el Sacro Colegio. Este puesto de honor y de confianza, es ocupado por obispos, por auditores de rota, por clérigos de cámara y por conservadores romanos. Cuando se quiere hablar á un cardenal ó á cualquiera otra persona encerrada en el cónclave, es preciso presentarse á horas fijadas; la conversacion no puede tener lugar mas que en presencia de los guardias del cónclave, en alta voz y en italiano ó en latin, á fin de que todo el mundo lo entienda. Tales son en general las precauciones tomadas para impedir toda comunicacion con el exterior y procurar la libertad del cónclave, alejándolo de toda influencia extraña.

A las medidas de prudencia humana, se añaden los medios de un órden superior. Por órden del cardenal vicario, todos los sacerdotes dicen en la misa y durante todo el tiempo que está vacante la Santa Sede, la colecta *pro eligendo summo Pontifice*. Conforme á la Constitucion de Gregorio X, se expone el Santo Sacramento en un gran número de iglesias, como para las Cuarenta Horas. Miétras las diversas cofradías van á visitarle por mañana y tarde cantando letanías y rezando oraciones apropiadas á las circunstancias, el clero secular y los religiosos mendicantes se trasladan todos los dias, en procesion, de la iglesia de los Santos Apóstoles al palacio del Quirinal, para obtener una feliz eleccion. En el interior el Sacro Colegio cesa de invocar las luces de lo alto. Al dia siguiente de la entrada al cónclave, dice el cardenal decano una misa rezada de Espíritu Santo, en la cual comulgan todos sus colegas, á quienes exhorta á trabajar seriamente en la eleccion. Al punto comienza el gran negocio y todos los dias, por mañana y tarde, se reúnen los cardenales en la capilla del escrutinio.

La convocacion á esta asamblea se hace del modo siguiente: á las seis de la mañana y á las dos de la tarde, uno de los maestros de ceremonias recorre todo el cónclave para avisar á los cardenales, sonando una campanilla y diciendo: *Ad cellam, Domini; Eminentísimos Señores, á la capilla*. Todas las noches á las nueve, el mismo maestro de ceremonias, anuncia con su campanilla la retirada, diciendo estas palabras: *Ad cellam, Domini; á la celda, Eminentísimos Señores*.

El escrutinio se hace con una gran solemnidad. En medio de la capilla Paulina está una larga mesa, y sobre ella dos cálices destinados á recibir los billetes. Sobre la misma mesa está la fórmula del juramento que cada cardenal pronuncia antes de depositar su voto; hé aquí su tenor 1: "Pongo por testigo á Jesucristo Nuestro Señor que me ha de juzgar, de que elijo aquel que creo segun Dios, que debe ser elegido; y de que haré lo mismo en el *accesit*." Se recurre al *accesit* cuando el escrutinio no da á ningun candidato las dos terceras partes de los votos, que es el número que se necesita para ser elegido. En este caso, pueden votar los cardenales por aquel que ha reunido los más de los votos; acceden de este modo á la opinion de sus colegas, y de aquí viene el nombre dado á esta forma de eleccion. Digamos de paso que esta costumbre se remonta á la antigua Roma. El senador que era de la misma opinion que otro, se levantaba de su lugar y se acercaba á él; ó si no queria dejar su asiento, decia en voz alta: *Accedo ad idem; voto como fulano*.

Para mantener la buena armonía entre las naciones y el soberano pontífice, la Iglesia quiere de buena gana conceder á

1 "Testor Christum Dominum qui me iudicaturus est, eligere quem secundum Deum iudico eligere debere, et quod idem in accessu prætabo."